

SEDMED

Seguridad y Defensa en el Mediterráneo



MOHSEN-FINAN, Khadija (2007) “Desafíos en materia de seguridad en el Magreb”, en SOLER i LECHA, Eduard y CARBONELL, Laia, *VI Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad humana*. Barcelona: CIDOB/Ministerio de Defensa, pp. 51-58

SEDMED
Seguridad y Defensa
en el Mediterráneo

www.sedmed.org

Este artículo es el resultado de la ponencia presentada en el VI Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad humana, organizado en Barcelona por CIDOB y el Ministerio de Defensa los días 5 y 6 de Noviembre de 2007.

Khadija Mohsen-Finan

Responsable de Investigación en el Instituto Francés de Relaciones Internacionales (IFRI) y profesora del Instituto de Estudios Políticos (IEP) de París

En los países del Magreb, la amenaza en materia de seguridad adopta, en la actualidad, múltiples formas, conjugando elementos tradicionalmente anclados en el entorno de esta región. Entre ellos, la tensión entre Argel y Rabat y su punto de cristalización en torno al conflicto del Sáhara Occidental, así como elementos que constituyen un nuevo orden internacional, como la alianza constituida entre Al-Qaeda y dos formaciones islamistas de la región: el GSPC (Grupo Salafista para la Predicación y el Combate) argelino y el Grupo Islámico Combatiente Libio.

Existen asimismo puntos de convergencia entre factores que se consideran antiguos y nuevos factores que podrían coincidir en esa famosa franja del Sahel donde los Estados no están ejerciendo su autoridad.

En realidad, por lo que respecta a los desafíos en materia de seguridad, lo que ha cambiado fundamentalmente es la incorporación del Islam radical al orden internacional, acompañado, claro está, por métodos nuevos, importados de Oriente Medio por magrebíes que han estado en Afganistán o sencillamente extraídos de sitios de Internet.

Antaño, ya fuera en los años ochenta con las revueltas del pan o en los años noventa con la guerra civil argelina, los fenómenos se limitaban al ámbito nacional. Hoy en día, resulta mucho más difícil identificar al enemigo, y los objetivos de las acciones terroristas no son precisos. Los métodos empleados restan operatividad a los medios tradicionales de lucha y dan la sensación de que los poderes existentes cada vez controlan menos la seguridad de sus países.

Por otra parte, esta amenaza no está localizada, es difusa. Todos los lugares, todos los países están expuestos a la violencia. La adhesión del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) a Al-Qaeda otorga asimismo a este movimiento una legitimidad que le resulta muy útil a la hora de reconstituir redes de jóvenes deseosos de ir a combatir a Irak, o candidatos al suicidio; una facilidad para reconstituir las redes que pone de manifiesto la existencia de una juventud, por muy minoritaria que sea, desprovista de sueños, de proyectos y sin integración real, ya sea social o política, en la sociedad en la que vive. Estos jóvenes ya no negocian con el Estado, que consideran corrupto, impío y aliado de los occidentales; su modo de expresión es radicalmente diferente, puesto que optan por vencer al enemigo a costa de su propia destrucción.

Lo que ha cambiado fundamentalmente es la incorporación del Islam radical al orden internacional, acompañado por métodos nuevos

El proyecto de los nuevos yihadistas es global: supera las fronteras del país y posiblemente de la región

Un nuevo tipo de terrorismo

El año 2007 estuvo marcado por un nuevo tipo de atentados. Con independencia de ser reivindicados o no por Al-Qaeda, es innegable que llevan el sello de esta organización: coches bomba, atentados simultáneos, operaciones suicidas sincronizadas, elección simbólica de fechas y objetivos. El modo de actuar es cada vez más sofisticado, con activación a distancia utilizando teléfonos móviles. En lo sucesivo, estos atentados se inscriben dentro de la esfera de influencia islamista internacional y no eximen a ningún país de la región. En el Túnez de Ben Ali, con un potente aparato de seguridad, un grupo salafista que se preparaba para cometer atentados fue desmantelado en diciembre de 2006. En Marruecos, en abril de 2007, las operaciones *kamikazes* de Casablanca reavivaron dramáticamente el recuerdo de mayo de 2003, cuando los atentados suicidas simultáneos contra diversos lugares simbólicos de la capital económica provocaron 43 muertos.

En Argelia, el antiguo GSPC, rebautizado como Al-Qaeda en el Magreb islámico, demuestra que ha reforzado su capacidad operativa y que ha recuperado su fuerza de disuasión, mermada durante un tiempo por el ejército argelino. Su capacidad, si bien imperfecta, para atacar los símbolos del poder y de Occidente indica que, contrariamente a las declaraciones de las autoridades argelinas, la violencia radical no es residual.

El antiguo GSPC dispone asimismo de una capacidad, sin duda reforzada desde su alianza con Bin Laden, para reconstituir las redes de yihadistas dispuestos a suicidarse para cometer atentados o ir a luchar a Irak. Estos jóvenes son a menudo argelinos, pero el desmantelamiento de algunas redes ha puesto de manifiesto que también podían proceder de países vecinos.

Los nuevos yihadistas tienen como objetivo declarar la guerra a los dirigentes políticos de los países de la región, a los que consideran impíos, corruptos y siervos de los Estados Unidos y los occidentales. Se diferencian así del Frente Islámico de Salvación (FIS) o del Grupo Islámico Armado (GIA), cuyo propósito era inscribir sus acciones en un marco argelino para instaurar un Estado islámico. El proyecto de los nuevos yihadistas es global: supera las fronteras del país y posiblemente de la región.

Es precisamente ese proyecto el que hace que, desde que se produjera la adhesión de los dos grupos mencionados a la nebulosa internacional de Bin Laden, los Estados del Magreb temen una oleada fundamentalista. Ahora bien, de momento, y con independencia de la simultaneidad de los atentados del 11 de abril, o de la presencia de tunecinos y mauritanos en los campos de entrenamiento del antiguo GSPC, no se puede hablar de mando unificado.

Concebida por Ayman El Zawahiri, la federación de movimientos islamistas del Magreb, que, entre otras ventajas, podría permitir la constitución de un frente cercano a Europa, no es todavía una realidad. En Marruecos, por ejemplo, si bien los atentados suicidas del 11 de marzo y del 10 de abril de 2007 se asemejan a los métodos de Al-Qaeda, su mando es totalmente autónomo. Se trata de células islamistas radicales con objetivos diferentes. Si el Grupo Islámico Combatiente Marroquí (GICM) sigue siendo la organización de referencia, existen otros grupos, decididos a atacar diversos objetivos, como los símbolos del poder,

los occidentales o los turistas. En 2006, los servicios de seguridad marroquíes dismantelaron once redes de agentes dedicados a reclutar combatientes para Irak. El GICM estaba detrás de estas redes, una de las cuales habría enviado a cerca de 40 marroquíes a combatir a Irak después de haberlos entrenado en el norte de Mali¹.

El dismantelamiento regular de células dispuestas a cometer atentados terroristas indica que, en efecto, persiste la amenaza del 16 de mayo de 2003. Al igual que en el caso del GSPC argelino, estos grupo marroquíes hacen gala de una capacidad real de regenerar las redes, a pesar de una estrecha vigilancia por parte de las fuerzas del orden. Existe un conjunto de grupúsculos violentos que carecen de proyecto político. Se inspiran en el salafismo internacional y se alimentan de la criminalidad a pequeña escala con la que coexisten.

En ausencia de un mando unificado, observamos por tanto que en el Magreb actual, existen prácticas salafistas que se despliegan de diferente modo, ya que el islamismo se elabora en interactividad con su entorno.

La franja del Sahel

En realidad, disponemos de pocos elementos tangibles en esta franja del Sahel, que se extiende a lo largo de varios miles de kilómetros, desde el Atlántico hasta Chad. Dejada durante mucho tiempo en manos únicamente de los tuaregs y de traficantes de todo tipo, este territorio se ha convertido en la actualidad en una zona gris que se rebela frente a la autoridad de los Estados de la región.

Existen varios factores que explican el recelo de los estadounidenses, de los europeos y de los estados magrebíes respecto a esta zona poco controlada.

Por una parte, la porosidad de las fronteras permite la circulación de personas y productos de todo tipo: armas, tabaco de contrabando, mercancías cuyo comercio es más o menos lícito. Esta circulación de personas y de productos se ve facilitada por el hecho de que esta zona del Sahel esta rodeada por países cuyos aparatos de seguridad son especialmente débiles a la hora de controlar el conjunto de sus territorios hasta sus fronteras.

La debilidad de estos estados del Sahel, fuertemente endeudados y mal estructurados políticamente, es todavía más inquietante habida cuenta de que lindan con países considerados como focos activos o potenciales del Islam radical, como Sudán, el norte de Nigeria o Argelia².

Auténtico territorio comanche, podría servir como lugar de entrenamiento a los candidatos llegados de los países limítrofes, de Europa o de otros lugares, así como a los grupos de la Yihad Islámica que tienen dificultades para actuar en Argelia. Potencial o real, este refugio de islamistas que pueden agruparse, entrenarse y, eventualmente, concebir operaciones terroristas constituye una auténtica fijación para Estados Unidos. A partir de 2002, Estados Unidos instauró una lucha concertada entre los diferentes Estados de la región, bautizada entonces como *Pan-Sahel Initiative*, que se convertiría en 2005 en la *Trans-Sahara Counterterrorism Initiative* (TSCTI). Dotado con 100 millones de dólares al año durante un

período de cinco años, este programa pretende ayudar a los siete países que limitan con el Sáhara en su lucha contra el terrorismo.

En la práctica, esta “coordinación sobre el terreno” remite a medios relativamente rudimentarios, como enseñar a los ejércitos de la región a manejar el material militar, coordinarse y aprovechar las informaciones facilitadas por Washington o París.

Además, los siete Estados que participan en esta coordinación parecen concebir la lucha contra el terrorismo de manera diferente. Mientras que para Estados Unidos la lucha pasa necesariamente por un entrenamiento de las fuerzas locales a las que es necesario dotar de los medios necesarios para combatir a los islamistas, para Mali, la prioridad no es combatir a los islamistas sino el contrabando, que se produce debido al escaso control del Estado en el norte del país. Para Bamako, la primera amenaza es la fragilidad de los Estados y la porosidad de las fronteras.

Paralelamente a estas concepciones divergentes de la amenaza y de los medios necesarios para combatirla, Argel ha instrumentalizado durante algún tiempo a determinados grupos tuaregs enrolándolos en unidades especiales de seguridad para combatir a los islamistas. Una estrategia de corta duración, ya que estos antiguos rebeldes tuaregs se reconciliaron rápidamente con los miembros del GSPC.

Esta ausencia de unidad a la hora de valorar la amenaza y de definir al adversario contra el que luchar contribuye a precarizar los métodos preconizados. ¿Cómo luchar hoy contra las redes terroristas en esta región y cuál es la realidad de la amenaza que reina en esta famosa franja del Sahel? Cada uno de los Estados concernidos por este programa de lucha contra el terrorismo podría tener la tentación de utilizar la opacidad imperante, la porosidad de las fronteras y la ausencia de compartimentación entre traficantes, comerciantes y, más recientemente, salafistas, para acabar con sus enemigos. Un enemigo que habrá definido y que puede ser el islamista del GSPC para Argel o el saharauí del Frente Polisario para Rabat.

Estas acusaciones se basan, tal vez, en observaciones que ponen de manifiesto vínculos existentes entre estos grupos. El estudio realizado por Altadis sobre el contrabando de tabaco en Magreb pone de manifiesto la implicación de algunos saharauís en una amplia red de contrabando, que recibía los cigarrillos en Casablanca antes de redistribuirlos. Este tráfico, que toma diferentes rutas, pasa también por el Sáhara Occidental y, en particular, por la ciudad de El Aaiún, penetra en Argelia por Tifariti y Bir Lahlu, puntos de agua controlados por el Frente Polisario³.

Si, hoy en día, la naturaleza de estos contactos no parece constituir una amenaza inmediata y cierta para los países limítrofes, las actividades de estos grupos son posibles debido a la ausencia de control por parte del Estado. Se trata de grupos refractarios a los Estados de la región que podrían conjugar su rechazo frente a los sistemas establecidos para convertir a la franja del Sahel en un refugio, una zona de repliegue de las operaciones de desestabilización de los poderes existentes. De ahí la necesidad de pacificar la región, empezando por poner fin al conflicto del Sáhara, aun cuando se trata de un conflicto de baja intensidad.

Poner fin al conflicto del Sáhara

Ahora bien, aunque estadounidenses, europeos y marroquíes estén de acuerdo en que la resolución de este conflicto constituye un requisito previo para la pacificación de la región, la dificultad para encontrar una solución sigue intacta.

Si bien Rabat presenta hoy en día la autonomía del Sáhara bajo soberanía marroquí como una solución ineluctable a este conflicto que dura ya más de treinta años, también es cierto que esta opción sólo podrá adoptarse si es aceptada por todos los implicados. Y ha sido rechazada por el Frente Polisario y por Argelia que siguen reivindicando el principio de la autodeterminación para resolver el contencioso.

La complejidad de la situación actual se debe, en particular, al hecho de que los protagonistas se han encerrado en una semántica reductora que consiste, para unos, en asimilar la autodeterminación con la independencia de los saharauis y, por tanto, con una derrota de Marruecos y, para los otros, en asociar la autonomía del Sáhara con una victoria marroquí, ya que se trata de la opción defendida por Rabat desde principios de los años 2000.

Para superar este dilema, habría sido necesario que una de las dos partes se pudiese atribuir la victoria en este conflicto, para poder dictar su opción a modo de resolución. Ahora bien, esto no es así. Rabat y Argel siguen alimentando el proyecto de dominar la región debilitando al vecino. Esta ambición subyacente no se ha desvanecido y el Frente Polisario sigue existiendo, gracias a Argelia y también porque este país no ha abandonado su proyecto de dominar la región. Ahora bien, como señala Clausewitz, el objetivo final de la guerra no consiste en destruir físicamente a un adversario, sino en romper su voluntad política. En el caso del Sáhara, ambas voluntades políticas, por muy antagonistas que sean, siguen estando muy presentes.

El error de los protagonistas consiste, en este caso, en pensar que la victoria o la derrota pasan por el "todo o nada" y que la aplicación de su propia opción garantizaría forzosamente su victoria y la derrota del adversario.

Teniendo en cuenta la rigidez de las posturas estratégicas, que crean necesariamente un estancamiento en la búsqueda de una salida a la crisis, la renuncia al conflicto del Sáhara por parte de sus actores está condicionada, necesariamente, a un aprendizaje y una madurez política que consiste en abandonar las lógicas nacionales así como a la existencia de un liderazgo regional.

Por otra parte, si bien la instauración de una autonomía en el Sáhara parece constituir la salida más probable de la crisis, siempre que cuente con la aprobación de Estados Unidos, Francia y las Naciones Unidas, plantea inevitablemente una serie de preguntas al poder marroquí, por una parte, y a los demás países de la región, en segundo lugar. Para Marruecos, implica una nueva arquitectura institucional y una revisión de la Constitución. Se trata también de pasar de un sistema centralizado a un sistema descentralizado con todo lo que ello implica para una monarquía que "se ha arrogado el papel de guardián de la unidad nacional y del Islam marroquí, centralizando al mismo tiempo su poder"⁴.

Es necesario pacificar la región, empezando por poner fin al conflicto del Sáhara, aun cuando se trata de un conflicto de baja intensidad

De hecho, los símbolos políticos siguen estando presentes en el espíritu de los marroquíes y Mohammed V “el libertador” ha sido sucedido por Hassan II “el unificador” que, en nombre de la integridad territorial, habría integrado el Sáhara en Marruecos.

Se trata asimismo de establecer un nuevo pacto con los saharauis que tendrán prerrogativas regionales al estar representados por una Asamblea. Se plantea entonces la cuestión de la composición de tal instancia. ¿Cómo hacer que coexistan las personas desplazadas de Tarfaya y Gulimina con las llegadas de las ciudades de Marruecos y los elementos del Frente Polisario? Se trata de legitimidad y de representatividad, dos conceptos estrechamente vinculados a la posibilidad de negociar con Rabat los límites del poder local.

En materia de educación, por ejemplo, ¿cabe imaginar programas escolares diferentes de las demás regiones? Y a la inversa, si hubiera similitud, ¿qué quedaría de la identidad saharauí y de la historia del Sáhara que habría, necesariamente, que escribir? ¿Cómo escribir una historia oficial y refundar un pacto nacional teniendo en cuenta identidades plurales que se han enfrentado a costa de una guerra durante más de tres décadas?

Esta autonomía que podría otorgarse al Sáhara implica, para Marruecos, una transformación que afecta a sus cimientos territoriales y a su régimen interno, y que puede tener efectos en su identidad política. Por otra parte, esta autonomía podría hacer escuela y suscitar otras reivindicaciones en regiones donde la población podría tener la tentación de reivindicar su identidad o su especificidad. Si esto se produjera, presenciáramos una fragmentación del poder central en beneficio de las identidades y de las libertades locales.

Si se conformara este esquema de regionalización en Marruecos, podría seducir a entidades originarias de países vecinos, en particular a la Cabília, que podrían reivindicar su autonomía respecto a Argel.

Si, en este caso, se trata de la fragmentación de los poderes centrales y de una reevaluación de la actual configuración política, no es cuestión, necesariamente, de riesgos o peligros potenciales, sino de otro esquema político que podría incluso constituir el preludio de un Magreb de las regiones susceptible de sustituir al Magreb de los Estados Nación.

Desarrollo político y estabilidad

Estos desafíos en materia de seguridad, así como el mantenimiento de un conflicto larvado, cuyos actores no consiguen resolver, pone de manifiesto la existencia de nuevos focos de tensión cerca de Europa. Esta proximidad confiere al Magreb una nueva centralidad en las relaciones internacionales.

Puente económico y cultural entre Europa, África y Oriente Medio, esta región se convierte en un lugar de tensiones exportables, repositorio de inmigrantes originarios del Magreb o en tránsito por estos países.

Pero esta nueva valoración del espacio del Magreb puede también incitar a europeos y estadounidenses a contribuir a la pacificación y al desarrollo de la región, ya que sus efectos perversos no pueden mantenerse confinados sólo a un lado del Mediterráneo.

Esta relación entre desarrollo económico, político y seguridad es por tanto real. Más todavía: desde el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos ha ido incluso más lejos al establecer un vínculo entre la instauración de la democracia en el mundo, y en particular en el mundo árabe, y su propia seguridad interior.

A la inversa, en los países del Magreb, las citas electorales, organizadas regularmente, se inscriben en un clima de cambio deseado en todos los países, traducen supuestamente una apertura política y expresan el vínculo renovado entre electores y dirigentes políticos⁵. Desde los años noventa, los gobernantes despliegan un considerable esfuerzo para respetar el marco de la legalidad constitucional y el calendario electoral. Esta preocupación por la legalidad formal zanja los cuestionamientos que pudieran plantearse sobre el sentido de estas consultas. En todos estos países, el poder esgrime el marco pluripartidista y organiza regularmente elecciones, respetando escrupulosamente el calendario electoral. Multiplica asimismo los mecanismos de control político, haciendo alarde de transparencia como forma de ruptura con períodos pasados. Todas estas precauciones pretenden dar una coherencia simbólica al poder, demostrando, al mismo tiempo, una preocupación por la legalidad constitucional.

No obstante, y a pesar de los ajustes, las elecciones que se celebran indican una voluntad de cambio desde arriba y, a pesar de una preocupación por la transparencia y la apertura, están controladas por los poderes, que dudan si sumar o contener a los islamistas.

Las dos elecciones legislativas que se han celebrado en Argelia (mayo 2007) y Marruecos (septiembre de 2007) ponen de manifiesto que, contrariamente al modelo turco, las elites en el poder en el Magreb y, de manera más general, en el mundo árabe no están dispuestas a compartir la gestión de los asuntos políticos con partidos islamistas, independientemente de la importancia de sus bases.

En realidad, la transparencia del juego político y la pluralidad de los partidos en competición crean esperanzas de participación en el juego político. Esperanzas que se ven posteriormente contradichas por la realidad de los regímenes que siguen siendo, en última instancia, autoritarios⁶. En Marruecos, por ejemplo, el temor a una victoria del Partido Justicia y Desarrollo (PJD) de tendencia islámica ha llevado al poder a dividir las circunscripciones electorales, lo que resultó perjudicial para la formación islamista. Sin embargo, a pesar de ello, este partido, que se ha impuesto en el ámbito político en el plazo de una década, quedó en segundo lugar, por detrás del Istiqlal, sin estar representado en el Gobierno.

Estos regímenes, que combinan el mantenimiento del autoritarismo y la transparencia electoral, aportan, de momento, una estabilidad política además de una imagen de apertura. Esta situación resulta muy conve-

A pesar de los ajustes, las elecciones indican una voluntad de cambio desde arriba y están controladas por los poderes, que dudan si sumar o contener a los islamistas

niente para los aliados europeos y estadounidenses que no dejan de celebrar los resultados de unas elecciones calificadas como libres y transparentes. Pero, a la larga, la frustración de los militantes y simpatizantes de estos partidos podría contribuir al alejamiento de los ciudadanos respecto a las clases políticas, creando un riesgo de desestabilización. En efecto, la mala gobernanza y el carácter "híbrido" de los regímenes pueden también conllevar riesgos en materia de seguridad para los equilibrios políticos.

Notas

1. Khadija Mohsen-Finan, "Le Jihadisme s'invite au Maghreb" Ramsès, 2007 p. 192
2. Alain Antil, *L'Afrique et la guerre contre la terreur*, Politique étrangère, Ifri n° 3. 2006.
3. Ignacio Cembrero, *La contrebande du tabac malmenée par Altadis*, Le Journal hebdomadaire, 2-8 de junio de 2007.
4. Malika Zeghal, *Islam, islamistes et ouvertures politiques dans le monde arabe, quelques jalons pour une approche non culturaliste*. En: La démocratie est-elle soluble dans l'Islam ? ss dir Hammoudi, Bauchard y Leveau, IFRI/CNRS éditions, 2007.
5. Khadija Mohsen-Finan, "Au Maghreb, ce que voter veut dire". En: *Marchés Tropicaux et méditerranéens*, mayo 2003.
6. Khadija Mohsen-Finan y Malika Zeghal, "Maroc, régime hybride". En: *Libération*, 27 septembre 2007.